

ALICIA RONAY

**DE LA EVAGACIÓN
A LA EVOLUCIÓN**

Soy una simple mujer, soy hija y hermana de varios varones. Similar a otras mujeres en el mundo. La misma familia que me suministró amor y sustento, también me impregnó de reglas de comportamiento que debía acatar social y personalmente. Los roles eran únicos para mí en comparación con los de mis hermanos, ya que yo pertenecía a un grupo diferente. Era una mujer.

Todas las noches mi madre me cobijaba en sus brazos de una manera amorosa y protectora, me contaba cuentos donde el único rol de las protagonistas consistía en ser bellas y buenas hijas, mientras que los héroes eran valientes e inteligentes.

Muchos ya han criticado los roles de la mujer en los cuentos infantiles, los han masticado y escupido, pero

el deterioro y minimización de la imagen de las mujeres queda absorbido en las mentes de los niños y las niñas. Los escritores de esas historias, por ignorancia o por el simple deseo de dominar, han definido las características que según ellos cada género debe mantener. La imagen femenina rebajada sigue plasmada en las mentes de las criaturas oyentes. No obstante, las mujeres seguimos contando las fábulas por una costumbre familiar.

Mis manos aplauden a las valerosas jóvenes de corazón que han logrado sacar a la luz pública actitudes de desigualdad de género; ellas, ocasionalmente, han sufrido rechazo por sus diferentes ideologías, preferencias sexuales, color o religión. Mi subconsciente jugaba con las reglas aprendidas en la niñez, aislando de mi memoria a todas esas activistas. Yo nunca tuve problemas con mis padres siempre y cuando mis decisiones se encapsularan al rol de mujer. Los éxitos realiza-

dos no contaban, sencillamente tenía negada la entrada al exclusivo club que mi padre y hermanos pertenecían. Siempre el mensaje de mis padres era el mismo: Mi independencia y sustento era y sería en el futuro proveniente de un varón. En la casa se manejaba el sentimiento de pertenencia y el amor para coartar mi autoestima. Se nulificaba mi deseo de seguir refinando mis estudios. Simplemente me era más conveniente evitar dar problemas y sobre todo nunca hacer nada que dañara a la familia.

La primera vez que me topé con la palabra feminismo fue cuando me encontraba en la adolescencia. No voy a aburrirlos con ese fragmento de mi vida, ya que, como dije al principio, soy igual que miles de jóvenes que estaban en busca de su propia identidad. Así que le pregunté el significado de feminismo a mi madre, una mujer inteligente, educada y que ha viajado por todo el mundo.

Después de un largo silencio que llenó la habitación, me dijo: “Es la lucha fundamentalista de mujeres que quieren ser hombres. Solamente las lesbianas son feministas”. Mi madre salió inmediatamente del cuarto para evitar que yo hiciera alguna pregunta o comentario más. Su respuesta me impactó. Me quedé pensando, succionando mas allá de los términos, absorbiendo la condición del ser mujer, que mi propia madre había heredado de la suya y así consecutivamente. Todas las generaciones de mujeres de mi familia le daban a la palabra feminismo una denotación de algo malo, sucio y denigrante.

Después de aprender bien lo que esperaba mi familia de mí, contraje matrimonio. Con eso logré que mis padres realizaran su sueño de llevarme al altar y yo obtener mi manera de sustento. Al casarme, pasé a ser responsable de mi marido. Ese varón dictaba las reglas sociales y familiares. El que yo trabajara y ayuda-

ra con el sustento de la familia era relegado al olvido. El final de ese cuento fue contrario al que decían esos relatos que tanto me gustaban de niña: “y vivieron por siempre felices”. Al contrario, mi historia terminó en un divorcio, para la sorpresa de todos. Ahora me hallaba constantemente en la necesidad de pedirles a mis padres asistencia monetaria para poder mantener el nivel social al que estaba acostumbrada.

Ahora, a mis cuarenta y cuatro años, soy una mujer que se está reeducando, conociendo y evaluando al mundo que la rodea. Mi preparación para crear un negocio era nulo, la senda en que he estado caminando en los últimos años para abrazar la independencia económica y afectiva ha sido duro y desafiante, pero muy reafirmante. Me encuentro en una nueva etapa de mi vida, como mujer estoy decidiendo mi propio destino, lo que me ha inducido a asumir un nuevo significado de la

palabra feminismo y junto con ella el reto de enfrentar mi pasado, el presente y el vislumbrar de un futuro con colores propios. Ahora la palabra feminista significa lucha por homogeneizar los géneros e igualdad de competir y realizar cualquier trabajo; de asumir la responsabilidad y decisión de tus aspiraciones con el derecho al crecimiento de las ideas y del espíritu.

Feminismo no se limita al sexo femenino en exclusivo, aunque provenga de este género. Ahora todo aquel que acepte a los demás como personas en igualdad de derechos, con la libertad de escoger caminos sin depender de estereotipos es feminista. Por desgracia, lo que sí es único de las mujeres es la lucha en sí. Ya no pedimos, ahora exigimos la igualdad como un derecho humano.

Todavía hay mucho que caminar. Vaya si lo sé. Vivo en la provincia mexicana, en una ciudad que todavía consume el acostumbrado machismo,

donde los cambios ideológicos en relación con el género se ven muy bonitos plasmados en las páginas de la Constitución, pero que en la práctica son limitados a unas cuantas líneas escritas dentro de una micro sociedad de intelectuales. El mensaje irónico de la madre abnegada resaltada en el cine mexicano ha impregnado las almas de mis conciudadanas dejando que sus hijos y maridos las traten como esclavas..., sucumbiendo sueños y libertad, a la vez que son agobiadas por algunos grupos religiosos fundamentalistas que les obsequian la idea de una vida mejor; mujeres adultas que esperan cambios mágicos para llenar su día que es igual al siguiente, ideas nutridas por los varones en el poder... padres, maridos, sacerdotes e hijos. Es sarcástico oír a hombres decir el calificativo de “niñas” a las señoras, perpetuando la inferioridad del individuo. Aún veo mujeres trabajar horas extras. Se pueden ver caminando

como autómatas surcando las calles en busca de un empleo que les pueda ayudar a mantener a sus familias, mientras que justifican a sus hombres por ser alcohólicos o por no poder mantener un empleo. Mujeres que tienen miedo de pensar y, sobre todo, de sentir.

Sí, en mi ciudad el feminismo no ha encontrado tregua. Nadie quiere desaparecer a los hombres, nadie quiere su sexualidad. Simplemente queremos lo que han estado usurpando durante siglos: el poder de decisión, la libertad e igualdad real y pura, donde una niña pueda esperar igualdad de trato desde que da su primer respiro en el mundo sin tener que pedir la autonomía, sin tener que aspirar a ella, sin tener que luchar por ella.

La lucha feminista tiene las herramientas necesarias para romper el círculo vicioso de la degradación. Con la unión de las mujeres podremos combatir la resistencia de los hombres a la transformación, aun cuando ellos puedan tener fobias a

los cambios o rechazarnos por alguna diferencia de color o religión. Diariamente me digo: “Busca la fuerza en tus nuevas resoluciones, ahora el feminismo te abre la puerta a la autoestima, donde podrás encontrar esa aceptación intelectual que tanto has anhelado”.

Sí, el mundo está cambiando gracias a mujeres que no tuvieron miedo a salir a las calles, que no les importó ser rechazadas por sus ideologías o sus diferencias raciales o sexuales.

Los sacrificios hechos por las activistas no han sido vanos, ahora podemos observar cómo más mujeres llegan a alcanzar trabajos de alto nivel, compitiendo abiertamente en negocios, política u otros. Bien por ellas y por tantas que seguimos escalando y preparándonos para así también educar a las siguientes generaciones de hombres y mujeres sobre lo que es la igualdad, el respeto y aceptación de poder ser diferente.

Yo soy feminista.

MA. CANDELARIA OCHOA ÁVALOS
**LA TRAMPA DE LOS
HOMBRES OPRIMIDOS Y
LAS MUJERES VÍCTIMAS**

Badinter, Élisabeth. *Hombres=Mujeres*. FCE, México, 2003.

Lo primero que hay que reflexionar cuando leemos el texto de Badinter es lo siguiente: ¿estábamos o hemos estado en el camino equivocado? Ella trata de responder que el camino equivocado es no entender las ganancias reales para las mujeres del activismo feminista en las tres últimas décadas y es que permanece el que las mujeres continúen asumiendo las tres cuartas partes de las tareas familiares y del hogar y que, a pesar del discurso sobre la igualdad, la mayoría de los hombres no juegan ni han jugado este juego.

Y quizá ahí está el fracaso de las feministas —me incluyo—, que el